



Anecdota: El Imperio que Dejó Rodar la Rueda

Cuentan que, en los últimos días del Imperio inca, los niños jugaban con pequeños juguetes de madera montados sobre ruedas. Perfectamente tallados. Perfectamente equilibrados. La idea estaba allí, rodando por el suelo, a la vista de todos.

Pero cada vez que aquel concepto intentaba ascender —del poblado al curaca, del curaca al administrador, del administrador al consejo— alguien en el camino murmuraba: “No encaja”, “No es el momento”, “No es así como funciona el imperio”. Y la rueda quedó relegada a los patios infantiles mientras la administración seguía avanzando a pie.

Luego llegaron los españoles con caballos, hierro y ruedas que giraban sin pedir permiso. Y el imperio descubrió, demasiado tarde, que la brillantez en la cúspide no compensa las cegueras en los escalones intermedios. Algunos historiadores se preguntan si, de haber dejado crecer una sola de aquellas ruedas, la historia habría tomado otro rumbo.

Hoy la inteligencia artificial avanza con la velocidad de esos caballos. No espera a ningún imperio, ni a ningún comité, ni a ninguna cadena de aprobación. Y en algún rincón de Telefónica Tech, una idea pequeña —pero con la forma exacta de una rueda— rueda discretamente por el suelo, esperando no ser apartada antes de llegar a quienes sí pueden ver lo que realmente es.